

NOVELA DE LA JUVENTUD

de, y verla romperse así, como esas flores, bajo el cruel ímpetu del viento...

Clara se intuía destinada a la soledad. Y a veces, una silenciosa y dolorosa protesta se alzaba en su pecho de virgen destinada a la opaca y doliente marchitez del celibato.

¡Y había tenido tres novios!... ¡Qué vergüenza, Señor: tres novios!...

¡Destino doloroso! Ella se daba cuenta vagamente de que le faltaba atracción sensual a su belleza; de que era fría, sí, fría...

El primero, era el que con más ternura recordaba. Parecía más bueno; no era ni brusco ni exigente, como lo habían sido los otros.

¡Oh!, las horas pasadas al balcón, bajo la luna, en la calle solitaria; y la espera, la inquieta espera de todas las noches... ¿Vendrá hoy?...

Y una noche no había venido. Ya no vendría nunca. Fué en vano esperar...

Pero, y por qué irse así, sin decir nada, sin que nada pasara?... ¡Qué raros son los hombres!

Y después, ¡qué trástel!, dos años más tarde, en véspero de otoño, lo vió en Florida. Iba al lado de otra, de otra que llevaba en brazos un niño.

Clara se había puesto más pálida; él, todo turbado, saludó zurdamente. Y Clara oyó preguntar a la «otra»:

—¿Quién es?

Sólo Dios y ella sabía lo que lloró esa noche, en la soledad de su alcoba, bajo el silencio de la alta noche.

Un singular sentimiento de vergüenza la había invadido. Después sintió algo de penoso despecho. Luego el olvido. Y cuando el recuerdo de «aquello» volvía a su alma, ésta se impregnaba de vaga melancolía, y, ¡cosa extraña!, veía ante sí, con vigorosa nitidez, la carita del niño («el niño de ellos»), riendo y ruborosa...

De las quintas cercanas venía ahora un hábito intenso de jazmines y de azahares.